

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

## MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

## PROVINCIAS

Tres meses.	3
Ses.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar.	5 pesos.

## CORRESPONSALES

25 números de EL MO-	
TIN.	2,50
Idem del SUPLEMENTO.	0,75

## NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



## ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

## Centro de suscripción

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 32.

## NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

## PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

## LA HERMANDAD DE SAN ULPIANO

¿Quién no conoce la milagrosa fama de San Ulpiano? ¿Quién no tiene noticia de sus portentosas maravillas? ¿Quién habrá tan ignorante que no sepa los múltiples favores que el Cielo nos ha otorgado por su intercesión?

Nadie, absolutamente nadie. Por eso la devoción del bienaventurado aumenta de día en día; lleno está su retablo de ex-votos y promesas; y San Ulpiano por aquí, San Ulpiano por allá, su nombre repercute desde la morada del alcalde del pueblo hasta la humilde choza donde el pastor se engulle unas migas en dulce paz y bienandanza.

Los vecinos del pueblo, que no somos ingratos á los beneficios, sostenemos una congregación que de padres á hijos se viene transmitiendo como juro de heredad, y no hay obsequio que al Santo no hagamos, ni sacrificio que no nos imponamos por él.

Tenemos un reglamento que la piedad de nuestros abuelos redactó en tiempos de Carlos III, y por él nos regimos y á él nos atenemos, y nos atendremos hasta que el Santo se queje de tales antiguallas.

Cualquier defecto podrá imputársele al susodicho reglamento, pero no el de falta de claridad. Sirva de ejemplo el capítulo primero, que al pie de la letra dice así:

*De los socios y de las socias.*

«Los individuos de ambos sexos de esta illustre congregación se clasifican de la siguiente manera.

1.º Se consideran como socios á todos los varones.

2.º Se reputan como socias á todas las hembras.»

Me parece que no puede explicarse la cosa de un modo más explícito.

Hace algún tiempo que, por un accidente fortuito, despojamos al Santo de una de sus más hermosas prerrogativas.

Cuando antiguamente se celebraba la fiesta anual en honor suyo, cuajábase el altar de ramos ó troncos de oliva (que en esto no eran muy escrupulosos mis convecinos), y, una vez echada la bendición, se abalanzaban sobre los dichos ramos, porque era notorio que, el que pescaba uno y lograba salir con él primeramente al atrio de la iglesia, se llevaba la mejor cosecha del año. Y aconteció que un prójimo, codicioso por atrapar la fertilidad prometida, cogió una rama tremenda y salió corriendo más que Bargasí, pero con tan poco miramiento, que pegó un trastazo á una magnífica araña de cristal y la hizo más pedazos que responsos se dicen por mil duros.

Al año siguiente, el buen cura subió al púl-

pito, y lleno de ira por la fechoría del anterior, dijo con toda la fuerza de sus pulmones:

«Al grandísimo animal que salga corriendo, se le secará todo el sembrado, porque San Ulpiano está ya harta hasta el cogote de vuestras barbaridades.»

Un día el tío Guillermo, maestro herrador y dignísimo presidente de nuestra Hermandad, envía con su aprendiz Perico á los socios el oficio siguiente:

«Estando encima la función del Santo, la guntá de gobierno ha pensao combocar á reunión magna, porque queremos hacer unas fiestas que den que decir en todo el orbe en tres leguas á la redonda. Lo qual, se lo digo á V. pa su conocimiento y pa que se entere.—Remollar de Arriba, etc.»

La habitación donde celebramos nuestras juntas, es una sala de planta baja, de reducida capacidad, bajo techo y mugrientas paredes. Esta pieza y otras dos interiores constituyen la vivienda que la Hermandad concede gratis, con más el sueldo de una peseta diaria, á un dependiente ó mozo que tiene á su cargo la custodia de los estandartes, cetros, farolillos y demás chirimbolos de la congregación.

La mayor parte del año nuestro demandadero tiene convertida la sala en un magnífico criadero de gallinas; pero en los días solemnes retira las aves, limpia un poquito la sala y coloca en la pared de fondo un cuadro que representa ó quiere representar al Santo, cuadro que, una vez celebrada la junta, vuelve al desván.

Son las ocho de la noche. La estancia está iluminada por cuatro esplendorosos candiles, ítem un velón de cuatro mecheros colocado sobre la bayeta verde que cubre la mesa presidencial.

El alcalde ocupa la presidencia honoraria por deferencia y galantería del presidente efectivo, que se coloca á su derecha; el maestro de escuela actúa como secretario, y los hermanos y hermanas ocupamos los bancos (que son los mismísimos de la escuela, generosamente cedidos por el maestro).

—¿Estáis todos?—pregunta el alcalde.—Bueno; pues vamos á *emprencipiar* esto. Ya sabéis que desde la junta que tal día como hoy hicimos antaño, ha pasado un año por medio.

Esta perogrullada es acogida con grandes risas por las camaristas ó encargadas de vestir al Santo, que se precian de muy ilustradas porque están suscritas á *La Unión*.

El orador ve de dónde provienen las risas, y exclama dando un fuerte puñetazo en la mesa:

—De mí nadie se ríe! ¡Ahora mismo se va á leer un oficio del cura en que pone de vuelta y

media á las camaristas!—¡A ver—dice al maestro,—saque usted eso del cura.

El maestro (leyendo):

«Señores de la Junta de San Ulpiano:

«Estoy muy resentido por causa de las camaristas, pues cada cual quiere vestir el Santo á su manera, y entre las dos le tienen hecho un adefesio.

El otro día, ¡oh profanación! las sorprendí con un lío de ropa, y ¿qué dirán ustedes que intentaban? Pues nada menos que plantificar al Santo un traje de miliciano que gastó su padre (que esté en gloria...)»

El novio de una de las aludidas intenta defenderlas llamando la atención de la mesa hacia otro asunto.

—Señores—dice,—pido que se lea la cuenta del último arreglo del retablo.

El Presidente.—Está severamente prohibido interrumpir al secretario.

—El artículo 40 del Reglamento...

—El artículo 40 del Reglamento dice que aquí nadie habla más que cuando yo quiero, ¿estamos? Siga usted, hombre, siga usted.

El maestro continúa su lectura: «Señores cofrades: si encima de regatearme la función, con una mezquindad que nunca emplearon nuestros padres, he de tolerar estos abusos y estas intrusiones de la hermandad, dispuesto estoy á que se lleven el Santo de su pertenencia y le coloquen y veneren donde gusten, aun cuando sea en campo raso.

Su humilde capellán y servidor,

JUAN PRIETO.»

—Ahora bien, señoras camaristas—exclama el alcalde,—¿les parece á ustedes decente que, después de incomodar al párroco, vengán á burlarse de mi autoridad en este sitio?

—No se apure usted—replica el secretario.—Eso del cura, dándole cinco duros, cosa arreglada.

Un cofrade.—Que se lean las cuentas.

El Presidente (amoscado).—Bueno, se leerán; pero antes debo advertir que hay socios tan morosos, que no han pagado la cuota hace tres meses.

El que había pedido las cuentas y tres socios más se dan por aludidos y abandonan el local murmurando entre dientes.

En esto, por un descuido de la mujer del conserje, salen de la habitación inmediata las gallinas en busca de su habitual residencia, y entran cacareando como si quisieran tomar parte en nuestros debates. Una de ellas se encarama en la mesa presidencial y tira el velón al suelo, mientras el ama de las fugitivas entra dando gritos: «¡Eh, señor alcalde! ¡Agarre usted á ésa! ¡La Pinta la peor de todas! ¡Y luego, dirigiéndose á todos y cada uno de los hermanos, nos exhorta á la persecución de los anima-



litos. Todos nos echamos tras ellos, y en poco más de media hora pudimos atraparlos.

Restablecido el orden, se procede á la lectura de los ingresos y gastos del ejercicio anterior, y resulta que, si los ingresos fueron muchos, los gastos fueron más, y que no se puede celebrar la función si cada uno de los hermanos no contribuye con un duro de anticipo.

El compromiso es grande, según el alcalde, pues el cura de un pueblo inmediato tiene recibidos diez duros á cuenta de los treinta que han de valerle los sermones de la novena.

Uno de los concurrentes se levanta airado y dice que á él no se la pega nadie; que sabe positivamente que los sermones están ajustados en quinientos reales y lo que pretende la Junta es guardarse veinticinco pesetas.

Estas palabras hieren la dignidad de un vocal que se levanta de su asiento, se dirige al que había formulado el cargo, le agarra por la solapa y la emprende con él á mojicones; el agredido se defiende, y como en la sala hay varios individuos de las familias de uno y otro contendiente, se enzarzan unos con otros; el alcalde quiere apaciguarlos, y en esto entra el cura párroco, que viene á saber la decisión de la Junta en lo que á su comunicación se refiere.

Como el cura es primo carnal del provocador del tumulto, y como tiene un genio violentísimo (del cual es pálido reflejo el oficio que el lector conoce), se arremanga los manteos y se enreda á puñetazo limpio con los adversarios de su parentela.

Todo es confusión, todo se vuelven gritos, y llueve cada puñetazo que canta el Credo; la maza del *pater*, verdadera maza de Fraga, no se da punto de reposo, y entre aquella batalla, entre aquel sinnúmero de porrazos y achuchones, descuella el cuadro del Santo bendito, donde puso el Orbaneja que le hizo un enorme cartelón con el lema *Charitas charitatis*.

JOAQUIN G. LOSADA.

## Á MI FRAILE

Me tienes muy disgustado, mucho; y ¿sabes por qué? Por tu falta de confianza conmigo.

¿Conque van á embargarte un día de estos por miserables veinticuatro duros, y no has acudido á mí para que te saque del apuro, sabiendo lo que te aprecio?

Eres un ingrato, por no emplear palabra más dura. ¿Qué idea tienes de la amistad, cuando no apelas á ella en trance tan molesto, y ¿por qué no decirlo? tan bochornoso?

Aun cuando lo hicieras con la santa idea de ver si alguna beata te anticipaba para *in æternum* esa cantidad, no tendrías disculpa; ó soy ó no soy tu amigo.

Además, ¿qué necesidad había de que nadie se enterase de ciertos asuntitos tuyos, que, si no son pecaminosos, tampoco te favorecen gran cosa? ¿No hubiera sido mejor que se quedasen entre el interesado, tú, el juez municipal del distrito del Congreso, el fiscal, los testigos del juicio y los lectores de EL MOTÍN?

Y ahora que ya he desahogado algo las penas de mi afecto mal pagado, permíteme decirte que has cometido una gran torpeza, consintiendo que la cuestión fuese á los tribunales. No digo yo faltándote razón, como en el caso presente (y ahí está la sentencia del juez, que no me dejará mentir); sobrándote por cima de los pelos, esos pelos de que tanto abusas, nunca debiste permitir que tu nombre, tu balandrán y el Cristo que usas á modo de revólver, anduviesen por los pasillos de los Juzgados.

Y ya que fuiste, ¿por qué no llevaste mejor preparada la *martingala* para reventar á tu contrario? No tiene perdón el que creyese que salías del paso reclamándole treinta y cinco duros al que te demandaba por treinta y cuatro.

El director del colegio donde dejaste tu criada, ó lo que sea, cuando te fuiste últimamente de *Madrid* á los Santos Lugares, fundaba lógicamente su reclamación; tú, en cambio, sacas treinta y cinco duros por tres leccio-

nes de Catecismo y por asistencia á una moribunda! Esto es deplorablemente estúpido, y perdóname la franqueza.

¿Era espiritual la asistencia, como realmente lo fué? Pues por eso no se cobra nada, según sabrías si supieses Cánones. ¿Era material, que no lo fué? Pues qué, ¿acaso te has metido á Hermana de la Caridad, ó á lavativo, y te la buscas por ahí?

Que no se entere el obispo de lo primero, porque te enchiqueraría; ni la Delegación de Hacienda de lo segundo, porque te impondría una contribución. Torpeza sobre torpeza, caro fraileuco. Parece mentira que con tanto talento seas tan... (El final de la frase puedes verlo en la pieza cómica *El Maestro de Escuela*.)

Para terminar, fraile barbudo y macareno, oye un consejo que te doy gratis, al revés de como tú das la asistencia espiritual á los moribundos.

Ya que no has evitado el escándalo del Juzgado, evita á lo menos el del embargo. Que no se diga que un fraile de tu prosapia, que vive tan confortablemente, y á quien visitan altas señoras, se empeña en que le perdonen sus deudas.

Considera que se van á reir de ti todas las personas de gusto, y que nuestros comunes enemigos (todo el que lo es tuyo, mío lo es) van á tomar pretexto de este incidente para desagraviar á la oratoria sagrada, tan maltrecha y ofendida por ti, según ellos.

Y si es tiempo todavía, ven, barbudo hermoso, por esos dures, y así me evitarás el disgusto de verte en lenguas, y el de que se burlen de mí por la protección que te dispense.

¿Me complacerás? Lo dudo, porque tú eres un poquillo vanidoso y no querrás deberme ese favor, mas no por esto conseguirás que mi amistad amengüe; tan grande es la simpatía que me inspiras. Y eso que aún no he podido saber cuál es tu verdadero nombre, ni si estuviste ó no con los carlistas.

De un modo ó de otro, cuenta siempre con que yo referiré con mucho gusto á mis lectores todo aquello que pueda redundar en tu alabanza y prestigio, y que á tan noble deseo obedece este mi empeño de que pagues esa futesa y renuncies á cobrar la asistencia espiritual que prestaste á la moribunda.

Esto, siempre que no seas partidario de llevar á la práctica la conocida máxima financiera de *cobra y no pagues, que somos mortales*, pues á esto nada tendría que oponer.

## LOS FRAILES

En las calles de Madrid se ven de algún tiempo á esta parte tipos raros, arqueológicos, antidiluvianos, viviente anacronismo que la revolución creía haber extirpado hace algunos años, pero que ha reaparecido por una virtud mágica que muchos no saben explicarse.

El lector habrá comprendido á quien aludimos: al fraile.

La edad media produjo, por generación espontánea, al hombre que hace profesión de pobreza, siendo inmensamente rico; de soledad, y pasa la vida en continuo roce social; de obediencia, y se propone y logra nada menos que dominar al mundo.

Su traje es tan extravagante como su misión. Resto de las muertas civilizaciones del Asia, lleva un saco ceñido hasta los pies, á la manera de la túnica ó pretexto romana. Su cabeza rapada, toda ó en parte, parece que se ha desprendido voluntariamente de la corona del hombre, así como de su belleza y de su dignidad.

Por un instinto natural, la civilización moderna lo repele, como él repele á nuestra civilización. Al encontrarse juntos en las calles de una gran capital, ó en los vagones de un tren, ó en un centro científico, se siente algo así como el choque de dos electricidades opuestas, y aun parece que un genio zumbón hace por encima de su cabeza una mueca siniestra sobre los destinos de la Humanidad.

En todas partes la civilización y el fraile se reemplazan, como la luz y las sombras, como la salud y la enfermedad. Al despuntar la era presente, huyeron los frailes de Inglaterra, Alemania y demás Estados del Norte. La Revolución francesa los desalojó del país vecino. Al renacer España, su primer irreflexivo acto fué aventar esta semilla, que no puede crecer junta con las del progreso.

Ha reaparecido entre nosotros; pero ¿dónde? ¿cómo? España tiene todavía muchos territorios á propósito para tales productos. Los enemigos de esta especie, que se creía perdida, no han reflexionado sobre una observación elemental, que conocen bien los agricultores: todo

terreno que no se explota para las producciones útiles, arroja espontáneamente plantas inútiles y nocivas.

Pero no filosofemos: extasiémonos ante el espectáculo de las figuras vivientes que nos enseñaron oficialmente á adorar en imágenes y bustos. Nadie tiene derecho á protestar ni á maldecir, ni mucho menos á admirarse; porque el hecho es una consecuencia lógica de los antecedentes que todos hemos puesto, sin distinción de partidos ni creencias.

Dentro de poco tiempo, España se verá cubierta de uno á otro extremo de esta hierba que en no lejanos tiempos extirpó. Es posible que intente hacerlo otra vez, aunque en vano, porque, mal que pese á nuestro orgullo, sería necesario cambiar la entraña de la actual sociedad. Es una llaga hija de los humores históricos.

(El Eco Nacional.)

## MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Meloso y adocenado Carulla:

Por *La Correspondencia* (á cuyo periódico, según afirma *El Siglo Futuro*, te ocupas en llevarsuellos) he sabido que has dado fin á la ardua, improba, morrocotuda é inutilísima tarea de ponernos en verso la palabra de Dios, que ha debido parecerte expresada de un modo pedestre y cursi, por cuanto la emprendiste á verso limpio (ó sucio) con Jehová, Abraham, Moisés, corro, comparsas y acompañamiento.

Mas ¡ay! que como en este país no se puede acometer una empresa trascendental sin que la ruin envidia, el vil plagio, la mezquina competencia salgan al paso y agosten en flor las nobles aspiraciones del más tremebundo vate, he visto que *La Unión* se cree con derecho á meter la hoz en tus poéticas mieses ó hierbajos.

Tú sabes muy bien que la susodicha *mestiza* pudiera ser definida con ayuda del P. Ripalda, diciendo que es «el conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno;» y en esto de versos lo prueba *aliquando* un *barbián* que huele á romero y que se suelta por las columnas del órgano de la *mesticería* de un modo tal, que las Nueve Hermanas se tiran de los pelos y el mismísimo Apolo huye del Parnaso por no ver sus atrocidades.

No permitas, por lo tanto, que te ultraje quien menos debe hacerlo; saca fuerzas de flaqueza, y desde las columnas ó postes de tu *Civilización* ponle las peras á cuarto.

¡Pero si seré tonto, que pretendo darte consejos, á tí, el gran maestro en la ciencia de insolentarse! Porque, hablando, podrás parecer un poquito débil y atiplado; mas, en cuanto enristras la péñola, pareces todo un hombre.

Envíame un ejemplar de tu *Biblia* en el instante mismo que la tengas impresa, pues estoy ya saboreando con la imaginación las panzadas de reir que voy á darme; porque, aunque no conozco la obra, sé hasta dónde llega tu numen, tu cacumen y tu chirumen, y asegurarla desde ahora que hay algún terceto en esta *carullesca* forma:

Josué detuvo el Sol una mañana,  
Que después de tomar el aguardiente  
Le plugo así, porque le dió la gana.

De todos modos, no puedo menos de darte mi más sincera enhorabuena; aun cuando más útil á la Humanidad hubiera sido que te entretuvieras en hacer calceta ó en cualquiera ocupación semejante.

Que la mala hierba nunca muere, es refrán vulgarísimo que se puede ampliar, diciendo que la mala hierba y los malos curas en todas partes vegetan.

Dígalos si no Dionisio González, cura tropical de Nueva Paz (Cuba).

No en vano se ha dicho que el sentimiento se desarrolla en los naturales de nuestras Antillas con una precocidad terrible; pues de tal modo ha crecido el de la avaricia en este *pater*, que en cuanto espicha un feligrés suyo, le avisen ó no para entonar las *guagiras*, se presenta á cobrar *catorce* pesos; esto cuando no tiene que berrear, porque, cuando el hombre se arremanga los manteos y se va á desempeñar su papel, no lo hace por menos de *ciento veinte* ó *aún más*.

En las bodas se trae la doble tarifa: ni á Dios



le echa el trazo conyugal por menos de cinco á seis onzas de oro.

Pero donde está más famoso es en los bautizos.

Hay algunos prójimos que se la quieren dar de primo y le llevan á remojar niños de dos, tres ó más meses; pero Dionisio no se anda por las ramas. Creyendo que, como los de su especie, en la boca llevan la edad los niños, examina las encías del neófito ó neófita que le presentan y dice: Pero, niños, ¿me quieren ustedes dar la guayaba? ¡Yo no bautizo á esta criatura sin que satisfagan al obispo la multa de veinticinco pesos! Después hay réplicas por ambas partes, y después un arreglo amistoso, y después los cuartos.

Un día se le presentó un mulato, que por vivir muy distante de la parroquia, ó por otras causas, no pudo bautizar á un hijo suyo hasta el cuarto mes de su nacimiento. Para evitarse la multa, y por ver si pegaba, dijo al cura que el niño tenía tres días.

Encaróse con él el amigo Dionisio y le dijo muy formal: ¿Tres días, eh? Está muy robusto y muy hermoso. Dile á tu mujer que Dios le dé salud para hacer estas heroicidades, y tú suelta la mosca con el aumento que por tu negligencia mereces.

¿Qué les parece á ustedes el buen curiano?

Se me ocurre una idea, que tal vez á los cubanos no les parezca tan buena como á mí.

En vista de los pingües negocios que en la Isla se les presentan á los *clerizánganos*, voy á establecer un banderín de enganche para presbíteros, á ver si entran en codicia los peninsulares y se les *guilla* toda esta caterva que á nosotros nos estorba, y que tal vez por allá puedan prestar muchos y buenos servicios.

Aunque no, no, que no quiero tan mal á los cubanos. Arréglense ellos como puedan con los suyos, que acá nos entenderemos con los nuestros.

Nuevos datos sobre un hecho á que me referí en el número anterior.

Llega el cura Joaquín á la estación del ferrocarril de Oviedo, en compañía de una *barbiana* de moño alto, saya corta y zapatos de rejilla, á quien él llama modestamente su sobrina.

Toman en la cantina una botella de lo fino, sin duda por aquello de que esta vida hay que pasarla á tragos, y después recorren todos los coches, buscando tal vez uno desalquilado donde entregarse dulcemente á tiernas expansiones de familia durante el trayecto.

Ocupados en tan agradable faena, pasan los minutos de reglamento, y el *pater* corre entonces desolado en busca del factor, quien no encuentra medio, sin faltar á su deber, de facturarle el equipaje.

En esto pita la locomotora, y mi presbítero se cuela en un coche con la sobrina, dejando el equipaje en tierra y echando por aquella boca *villaverdes* y beatas, es decir, sapos y culebras.

A los tres días publica el tío (de su sobrina) un evangélico comunicado en un periódico de Oviedo, poniendo al factor de grosero que no había por dónde cogerle.

Si por recibir con unas cuantas horas de retraso su equipaje se puso tan rabioso su paternidad, ¿qué no hubiera hecho y dicho si se le queda en tierra su querida parienta?

Aunque esto no es posible. Esta parte de su equipaje siempre la tienen los curas á mano.

¡Se cría cada presbítero por esos prados de Dios!

A cada cual le da por su cosa. Aparte de que todos son excesivamente mujeriegos, sus aficiones varían hasta lo infinito: éste es torero, el otro músico, aquél cazador, el de más allá aficionado á la pesca de cuartos, truchas, Hijas de María, etc, etc.

Pero el más temible de todos, es el que se las echa de escritor. Un cura con visos de literato, es la mayor calamidad que puede affigir á la raza humana.

En prueba de mi aserto, allá va el siguiente

párrafo de una carta que le endilga á *El Siglo Futuro* un *cucaracha* de Ondárroa, llamado Pedro García de Salazar:

«Pero en fin, dejemos á los muertos que entierren sus muertos.

Nosotros, vivir con la vida que nos comunica nuestra hermosa y lozana bandera de Dios, Patria y Rey. Festejemos la nueva vida que con nuestros ruegos hemos alcanzado para nuestro príncipe, que es la vida, alegría y esperanza de la España católica tradicionalista. ¡Viva nuestro R...! ¡Viva el P...! ¡Viva el valiente *Siglo Futuro*, martillo de mestizos y componedores!»

¿Habrá querido decir Rey y Príncipe en las iniciales R. y P. con que el *cleri-carca* abrevia dos nombres? Tal vez; mas yo, sin poderlo remediar, leo claramente Rocín y Pollino.

Lo que me hace gracia es lo de «nuestra hermosa y lozana bandera.» Se conoce que el amigo siente apetito, piensa en el verde, y ve de este color la bandera ó pendón de su causa.

En lo que estoy conforme con el *cucaracha* escribidor, es en que Chapita sea la alegría de España. Todo lo bufo produce hilaridad.

Matamala, *clerizángano* fugitivo de Guía (Gran Canaria), tiene mucha suerte.

Con el santo propósito de dejar huérfanas á sus discípulas y murmuradoras ovejas, se marchó á casa de su colega en Cristo y en Carlos Chapa, el *curaza* del pueblo de San Lorenzo.

Mas, por aquello de que más vale lo malo conocido, varios devotos de los que más habían murmurado fueron á buscar al desdeñoso *pater*, y á fuerza de ruegos, súplicas y no sé si lágrimas, alcanzaron que se diese á partido y volviese al pueblo.

¡Vaya una entrada triunfal! Aquello fué ovación, y lo demás es música. Entró en carruaje, tan orondo, tan guapo y con más satisfacción que Pío IX en Roma después de la escapatoria de Gaeta.

El domingo inmediato á su regreso madrugó Vicente á predicar (ó cosa parecida), y en tres sermones, uno á la misa de alba, otro á las ocho de la mañana y el tercero en la misa mayor, explicó su conducta, y las razones que tuvo para llevarse á su casa á las jacarandosas jóvenes Matilde y Ramona.

Con lo cual se arregló todo á pedir de boca, y tenemos ya á mi amigo apacentando su rebaño místico con el mayor desahogo.

Que no vuelva á caer en la tentación de enchiquerar ovejas guapas y jóvenes en su casa, y tal vez pueda terminar en Guía los años que le resten de vida clerical.

Por si no hubiese llegado aún á noticia de mis lectores, les diré que EL MOTÍN está excomulgado por la *mar* de obispos, y que, por lo tanto, los curas y beatas de menor cuantía deben huir de él más que de la peste.

Pues á pesar de esto, vean ustedes lo que ha pasado en el pueblo de Camuñas, el más civilizado de España, como lo prueba el que hay unos sesenta chicos y chicas sin bautizar.

Necesitaban pintar, no sé si para el día de Difuntos ó para una novena, un alma del Purgatorio achicharrándose en las llamas del Infierno, pero no sabían cómo hacerlo.

Después de mucho discurrir, se les ocurre hacerse con el núm. 7 de EL MOTÍN, correspondiente al año de 1885, donde hay un ciudadano asándose por cuenta de los inquisidores, y al efecto engatusan á un hijo de un suscriptor, el cual se lo entrega á furto de su padre.

Llevar el número de EL MOTÍN oculto á la iglesia, lo abren por la caricatura y copian la figura envuelta en llamas, sin que, en buena hora lo diga, ocurriera nada de particular, pues ni los santos se dieron por entendidos, ni la tierra tembló, ni los sepulcros antiguos se abrieron, ni los muertos resucitaron.

Y el día de la fiesta, las almas piadosas lloraban de pena al ver lo que padecía aquella pobre alma del Purgatorio, y alguna devota se despojó de unos cuartos para responsos, sin saber que estaba copiada de este utilísimo é indispensable MOTÍN, que ya hasta sirve para modelo de cuadros católicos.

Por eso exclamo, poseído de orgullo: ¿Qué sería de los curas sin mí?

A primera hora de la mañana del día 14 de Noviembre último, un sacerdote, alto y bien parecido, de unos treinta años de edad, natural de Málaga, solicitó y obtuvo de una doméstica una entrevista para las ocho de la noche del mismo día, ofreciéndole el oro y el moro.

La joven, que no tiene nada de tonta y que lo que menos deseaba era descender á sobrina de cura, contó el caso en una tienda de ultramarinos de la calle del Caballero de Gracia, donde acostumbra á comprar.

El amo y los dependientes le dijeron que les avisara al ir á la cita, á fin de que un dependiente, fingiéndose novio suyo, se hiciera presente acompañado de una buena estaca.

Así lo hizo, y á las ocho de la noche se dirigió á la esquina de la calle de San Jorge, donde ya la esperaba impaciente el robusto presbítero malagueño.

Apenas empezó el diálogo, se presentó el supuesto novio con la consabida estaca, y en tono airado preguntó á la moza, qué hacía á aquella hora y en aquel sitio sola con un cura; y después, sin esperar contestación, se dirigió hacia él inerepándole duramente por su conducta.

El *grajo* comenzó á disculparse, suplicándole á la vez que no se alterara y que le oyese, acabando por decir que el encuentro había sido inesperado, y que siendo de un mismo pueblo, como eran, nada de particular tenía que se hablasen. Hay que advertir que la chioa, no sólo no ha nacido en Andalucía, sino que ni ha pisado aquella tierra.

Muchos transeúntes, movidos por la curiosidad, se pararon á ver en qué quedaba aquello. Entre ellos se ingirió una niña de honor desgraciado, la cual, llevada de su buen corazón, le acompañó hasta la Puerta del Sol.

Y dicen malas lenguas, que él le dió en agradecimiento una gratificación en un billete de veinticinco pesetas, lo que no paso á creer porque conozco bien á la clase.

Después el presbítero tomó un coche y partió por la calle de Carretas, sin que hasta hoy haya yo sabido si ha tenido otro encuentro casual con alguna de sus paisanas.

Sirva este paso de lección á los Tenorios callejeros con tonsura, y euidense en adelante de preparar mejor sus *martingalas* femeninas, aun cuando no sea más que por no escandalizar á los pequeñuelos y á los grandullones, ahorrarse algunos céntimos y prevenir algún estacazo.

Que donde menos se piensa salta una moza de buen humor, acompañada de un dependiente de comercio devoto de San Benito de Palermo.

Es la primera vez que la locomotora va á pasar por el puente de Voltoya, provincia de Segovia, y las gentes de la comarca se agrupan llenas de curiosidad para ver la vertiginosa marcha de la férrea maquinaria, emblema del progreso y la civilización.

Poco antes de asomar, aparece el canónigo Escudero montado en un caballo, y bien pudieran invertirse los factores sin alterar el producto.

Como el general que conduce sus guerreros al combate, viene capitaneando una turba de estúpidos y beatas, que mete miedo; y, según parece, se traen algo de la bodega en el cuerpo.

Tan alborozados vienen, que el canónigo pisa con el pie del caballo á un espectador, y digo que el canónigo pisa, porque los curas, como los centauros, forman un todo con sus caballerías.

Quéjase el atropellado con la dureza propia del dolor; el *curiano*, prevalido de su acompañamiento, quiere pegar al que su caballo había lastimado, y los acompañantes del presbítero aprueban su conducta.

En esto pasa el tren, rápido como el relámpago, y desaparece en breve, como si al hendir los aires con su sonido dijera: «Esos y yo somos incompatibles.»

Ni Calipso podía consolarse por la marcha de



Ulises, ni las beatas de Abanto (Zaragoza) se hartan de llorar la pérdida del *pater* que ha sido destinado á Jaraba.

Comprendo su dolor, ¡pobrecillas! ¿Quién les prestará ahora aquellos gratos auxilios espirituales que el *curaza* tan pródigamente repartía entre ellas?

¡Llorad, hijas, llorad mucho y de prisa, que otro cura tan fino como aquél no volveréis á pescarle!

Y por lo que á ti respecta, desdeñoso *curiana* que así abandonas á las apasionadas ovejas que te dieron alma, vida, corazón, etc., etc., ¡quiera el Cielo, en justo castigo á tu endurecimiento, que las aguas de Jaraba no te vuelvan la fuerza y vigor que has derrochado en Abanto, y triste, mohíno y cabizbajo, nuevo Tántalo aragonés, veas hambriento el codiciado fruto y no puedas hincarle el diente! Amen.

El cura Alfonsito, el que se da polvos como una damisela, ha vuelto á Socuéllamos, de donde estaba ausente desde el día en que se armó aquel motín á causa de la desaparición de los ternos de la iglesia.

Si lo ha hecho creyendo que ya nadie se acuerda de ellos, vive Cristo que se ha equivocado, aparte de que aquí estoy yo para recordarlo de vez en cuando.

¿Dónde ha pasado esos meses? No lo sé; mas desde luego afirmo que no se ha dedicado al estudio de la retórica ni de la elocuencia, pues ha rebuznado un par de sermones que ya, ya.

Con decir que el adverbio *verdaderamente* lo empleó 207 veces en el primer sermón, y el de *realmente* 132, queda hecho su elogio.

Mayormente no le da al hombre el naipe por la oratoria, por lo cual debe, si quiere vivir en paz con sus ovejas, averiguar dónde están los ternos, y llevarlos á la iglesia, que es lo que ellas tienen ganas de ver.

Conque á ver si lo hace, que todo lo demás es música.

¡Valientes sermones está largando Saturnino, Campazas de la legua, en Galaroza!

Prevía la sinfonía de costumbre, se arranca tras de la Prensa y de la Cátedra, que da gloria oírle.

El otro día soltó el siguiente rebuzno: «Los catedráticos, por el hecho de llevar corbata, se creen unos sabios, y son unos... como yo.»

Es decir, unos burros. ¡Y luego dicen que nadie se conoce á sí mismo!

Después, por echar un piropo á los de su especie, dijo que los irracionales tienen más talento que el hombre, porque á ellos les basta el instinto para saber lo que les conviene, y el hombre necesita que un cura lo conduzca á pastar en los prados divinos la hierba de la gracia.

Le perdono lo que ha dicho contra los hombres, por los elogios que hace de los animales, pues esto prueba que no se ha ensoberbecido con su oficio de cura, hasta el punto de renegar de los suyos.

#### Traslado de *La República*:

«El domingo acudieron varios fieles á una iglesia de esta capital, con objeto de asistir á un funeral, y momentos antes de que empezara la ceremonia religiosa, llegó á sus oídos el característico rumor que acompaña á todo reparto de cachetes. Penetraron algunos en la sacristía, al mismo tiempo que lo hacía también el sacristán con la caña con que estaba encendiendo las luces, y poco después, merced á la intervención de los circunstantes, cesaban de recibir cogotazos un monaguillo y un sacerdote. Unas señoras rogaron á éste que se tranquilizara y no tomara parte en el funeral, y el párroco, que tuvo inmediatamente noticia de lo ocurrido, ordenó su sustitución y dispuso que tampoco asistiesen á la misa el sacristán y el monaguillo, hermanos por más señas.

El suceso no tuvo, por fortuna, otras consecuencias.»

Aunque parece irónica la salida del colega, no lo es en manera alguna; pues frecuentes experiencias nos han enseñado á todos, que las cuestiones en los templos del Dios de paz y bondad suelen acabar más trágicamente.

El «*amamos los unos á los otros*», fué dicho por Cristo á los hombres, no á los curas.

Estando diciéndolo una misa de *Requiem* en el

altar mayor de la iglesia de San Saturnino (Pamplona), se desprendió de la nave principal una enorme piedra, destrozando al caer una arañita de bronce que pendía de la bóveda; y cuyo peso excedía de veinte arrobas.

Sustos, gritos, desmayos, fieles que tomaron el olivo, una señora medio despachurrada, y... nada más.

Mientras tanto, esta endemoniada Redacción de *EL MOTÍN*, tan firme y tan campechana.

Es encantador esto.

De la catedral de Jaén han desaparecido milagrosamente unos miles de duros.

Y digo milagrosamente, porque sólo de ese modo se explica que en tan sagrado lugar no se hubieran los ladrones encontrado con la horma de su zapato.

A menos que los santos conocieran por casualidad á los ladrones, y les dejaran obrar libremente; que no sería el primer caso.

¿Qué hay, cura Casimiro de Ribadeo, de eso que dicen de que tienes en casa á un sobrino á quien deberías querer como á hijo, por no tener más padre que tú, y á quien dedicas á guardar carneros, no sé si como preparatorio para el pastoreo de almas?

Si es sobrino porque es sobrino, y si es otra cosa porque es otra cosa, creo que deberías tratarle con más consideración.

¿Qué culpa tiene él de ser pariente tuyo?

Pregunta *El Ldtigo*, periódico de Pontvedra:

«¿Qué irá á buscar cierto joven *sotana* todas las noches á casa de una mística jamona, que habita en una casa de La Pedreira?»

Lo que no puede decirse.

Dice un periódico que, si él hubiera sido colegial, se habría escamado al oírle decir al obispo de Ciudad-Real en el seminario: «El objeto de mi visita es á *reconocerlos y á veros las caras*.»

Si; tomando la frase en el sentido recto, efectivamente hubiera tenido disculpa su escama.

Habiendo sabido, párroco de San Salvador de Toirán, que casaste á la joven á que me referí en el *Suplemento* al número 40, sin poner dificultades ni formular más exigencias que las de ritual, queda borrado cuanto te dije, y yo dispuesto á complacerte en cuanto se te ocurra. Y en paz y jugando.

#### SERVICIO TELEGRÁFICO

*Vallicana*. — Ermitorio fugóse preciosa cucharilla plata.

— ¡Hay tantas amas de cura con hijos, y es tan preciso ese chisme para darles á los pequeñuelos harina lacteada ó papilla!

*Fuente de Santa Cruz*. — Hijas de María enfermedad sospechosa algunas...

— Embarazoso es el punto, según la gente murmura; y en vista de ello pregunto: «Esas chicas ¿tendrán cura?»

#### CONSULTOR DE FELIGRESES

*Ribadeo*. — ¿Le parece á usted justo que un *cleripopótamo* se vaya dos ó más días de caza, regrese con algunas piezas y se las coma en santa paz con dos *barbianas* de su gusto, mientras su pobre madre anciana, enferma y pobre, continúa abandonada?

— Si eso fuera posible, no me parecería justo; pero como no debe serlo...

#### CORRESPONDENCIA MÍSTICO-PROFANA

*Caraceniella*. — Son tan graves y tan difíciles de explicar al público los hechos á que se refiere usted en su carta, que me abstengo de hacerlo por hoy.

Si se celebra juicio oral en el proceso que se forma, y las manipulaciones y demás extremos atribuidos al cura á quien usted alude resultan confirmados por el testimonio de los jóvenes que concurrían á su casa, entonces habrá ocasión de zurrarle la badana de lo lindo y sacar á plaza sus costumbres feas.

Hasta tanto, la justicia, la prudencia y el secreto del sumario se oponen á que yo dedique ni una sola línea al asunto.

*Sanitarios de...* — Con mucho gusto reproduciría la razonada y comedida exposición de ustedes. Comprendo que la situación á que les reduce el último decreto es por demás lastimosa; que los asiduos é incansables desvelos de ese honroso cuerpo, demostrados en muchísimas ocasiones, y especialmente en la última epidemia cólera, no merecían tan injusto pago; que el haber que para lo sucesivo se les asigna no alcanza ni para la alimentación indispensable á las penosas tareas de hombres que, como dicen gráficamente, van á quedar convertidos en *momias con pantalón de franja*; pero ustedes comprenderán que la índole de *EL MOTÍN* no es á propósito para tratar de asuntos de ese género, por lo cual siento muchísimo no poder complacerles; aparte de que pudieran por cualquier detalle adivinar quiénes eran los que me escribían, y causarles algún perjuicio.

#### NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

*La Fortuna de los Rougon*, por Emilio Zola.

Esta novela, primera de una serie que le dió gran renombre al autor, es incomparable. En ella ofrece ajenos todavía á la sobreexcitación que le produjo la crítica, y, por consiguiente, no incurre en ciertas exageraciones.

La sociedad ruin de una provincia de Francia; las afecciones de una familia en conjunto, y las particularidades del carácter de sus individuos, están pintados en este libro con mano maestra; y de sus evoluciones, en relación con los acontecimientos que subsiguieron al golpe de Estado que elevó al trono á Napoleón III, resulta una novela tan interesante, si se la considera desde el punto de vista literario, como si se la mira por el prisma que debe adoptarse para juzgar los estudios sociológicos.

*Los Rougon Macquart* son una serie de novelas, cuyas acciones respectivas, enlazadas entre sí, describen una época de la Historia contemporánea de Francia: el segundo Imperio. *La Fortuna de los Rougon*, primera de la serie, á nuestro juicio es superior á las otras, no obstante el grandísimo mérito de todas.

No obstante las dificultades que resultan de la singularísima forma literaria de Emilio Zola, hecha la traducción muy á conciencia, están salvados los inconvenientes que ofrecería la obra si al verse al castellano se hubieran desvirtuado ciertos detalles puramente literarios, que son una de las bellezas que los trabajos de Zola ofrecen. La naturalidad del diálogo es igual que en el original francés, y en las descripciones no falta nada: ni lo gráfico de la frase, ni lo valiente de la expresión.

Conocidas son del público las condiciones en que *El Cosmos Editorial* hace sus publicaciones, y de ellas nada hemos de decir.

*La Fortuna de los Rougon* está de venta en *El Cosmos Editorial*, y en todas las librerías de España y América, al precio de cinco pesetas los dos tomos.

#### LA REPÚBLICA

Lámina en diez colores al cromo.

Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y es propia para colocarla en un cuadro en los casinos y comités.

Los libreros y corresponsales pueden adquirirla con el 25 por 100 de descuento, y con el 50 los señores que se suscriban por un año á *EL MOTÍN*.

Se vende en la Administración al precio de tres pesetas.

#### ALMANAQUE DE EL MOTÍN PARA 1887.

Se ha puesto á la venta en esta Administración y en las principales librerías.

Los señores que lleven un año suscritos al periódico en Madrid pueden desde luego pasar á recoger el ejemplar que les regalamos, previa presentación del último recibo.

Los que no lleven aún ese tiempo tendrán también derecho á recibirlo gratis, siempre que renueven las suscripción por seis meses.

Los de provincias que se entienden directamente con esta Administración obtendrán iguales ventajas dentro de las mismas condiciones, y los que tengan derecho al ALMANAQUE, y no lo hayan recibido antes del día 15 del actual, se servirán pasar aviso.

Los demás, esto es, los que no lleven un año ni se suscriban por seis meses, sólo tendrán derecho á recibirlo con el 25 por 100 de rebaja.

#### LIBROS DE LA BIBLIOTECA DE EL MOTÍN

**EL JUDÍO ERRANTE** célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos. — Nueve pesetas.

**LO QUE NO DEBE DECIRSE** (Quinta edición), por José Nakens. — Precio: dos pesetas.

**LA PIQUETA** por José Nakens. — Tercera edición. — Precio: una peseta.

**DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN** por el cura Meslier. — Precio: dos pesetas.

MADRID: 1886.

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY  
4 — Plaza del Dos de Mayo — 4